

—A Morville.

—¡A matar á la Condesa!—exclamó Florencia.

Tembló al decirlo porque no era en el fondo ni feroz ni sanguinaria, y además, porque temía que sus diez mil francos desapareciesen como el humo.

Sonrióse con extraordinaria amargura el Capitán.

—Esa venganza sería demasiado buena para ella; tranquilízate, que ni siquiera me verá. Ven,—dijo.

Saliéronse ambos de la casa procurando hacer el menor ruido posible.

Florencia abrió la puertecilla de escape del jardín y el marino salió á la calle diciendo:

—Espera mis órdenes y no te marches de esta casa hasta ese día.

Inclinóse la doncella.

El Conde llevóse el dedo á los labios recomendándola el silencio, y desapareció.

Al volver al salón oyó Florencia dar las doce en el reloj del salón.

—¡Qué aventura!—se dijo.—¡Tanto peor para ellos! ¡Que se arreglen como puedan!

IV

A alguna distancia de Touque y á la orilla del camino de Dozulé, al lado opuesto de la casa de los Godin, veíase otra de aspecto humilde, que más se semejaba á un curato de aldea que á otra cosa, rodeada de un jardinito con rectos paseos adornados con alhucema y tomillo.

A pesar de su aspecto modesto no carecía de encantos.

Cubrían sus blancas paredes vigorosos rosales trepadores que rodeaban las ventanas sirviéndolas de marco, y que gracias á la prodigiosa fertilidad del suelo, encaramábanse hasta la cornisa y las chimeneas.

A la derecha y tras de algunos avellanos extendíanse las dependencias de la casa inmediatas á un seto que cercaba unos pastos, y entre ellas se encontraba la cochera, cuadra y graneros del Médico, porque lo era el dueño de ese tranquilo retiro, propio de un sabio.

Antonio Montel, que así se llamaba, era natural del país, é hijo de uno de los colonos del castillo de Morville.

Siendo muy niño llamó Antonio la atención al párroco por la precocidad de su inte-

ligencia, y después de algunos estudios preliminares de aquél, se encargó de él y enseñó muy pronto al discípulo todo lo que sabía el maestro, y éste aconsejó á los padres del muchacho, que gozaban de una posición bastante regular, que le llevasen á un colegio.

En el colegio, Antonio Montel, que tenía la misma edad de Jacobo de Kerhoët y que había sido su compañero de la niñez, contrajo con él una de esas amistades que rara vez se ven, que duran tanto como la vida, son menos frágiles que los amores, más duraderas y preciosas que estos.

En la época en que terminaba sus estudios murieron los padres de Antonio, lo que causó gran sentimiento á éste que entró en posesión de una fortuna poco cuantiosa, que le permitía disponer de tres ó cuatro mil francos de renta.

Era el Doctor hombre poco ambicioso, muy apegado al hermoso valle en que naciera, y terminada su carrera establecióse allí, y no se casó por tener un carácter algún tanto hipocondriaco y selvático, ó mejor dicho, excesivamente tímido.

Así vivió con gran modestia acompañado de una anciana criada que cuidaba en el corral, gran cercado inmediato al jardín, un verdadero ejército por lo numeroso, de volátiles de todas las clases, pavos reales y de la India, patos y gallinas, acompañándola en el desempeño de sus labores un aldeano joven, encargado á su vez del cuidado de la

cuadra y de lavar los coches del amo, ruda tarea que no desempeñaba muy bien, y no por culpa suya, sino porque el Médico no se daba un momento de reposo, recorriendo montes y valles para visitar una clientela que le adoraba.

Bajo un aspecto rústico y modales que no se distinguían por su amabilidad, ocultaba Antonio Montel un alma de temple superior y un corazón de oro.

Semejábese con su rostro, siempre afeitado con mucho esmero, su cabello obscuro, rudo y corto, la mirada viva y penetrante, los acentuados rasgos de su rostro, la severa cabeza y la atezada faz, á un monje que para viajar con más comodidad hubiese cambiado su hábito con blanca ó negra capucha por una levita obscura abrochada hasta la barba y un sombrero hongo.

A la noche siguiente de la llegada del conde de Kerhoët á Paris una completa obscuridad y profundo silencio rodeaban la casa del doctor Montel, de la que sólo se escapaba alguna luz por las rendijas de una ventana del cuarto bajo, la de su despacho, iluminado por una lámpara colocada sobre la mesa.

Eran las nueve nada más; pero los habitantes de Touque estaban entregados al sueño.

El mal tiempo había cesado, y en un cielo en que sólo se veían algunas blancas nubecillas que se deslizaban rápidamente empujadas por una violenta brisa que soplabá del

mar, millares de estrellas fulguraban cual inmensa colección de brillantes.

De la lluvia de la vispera no quedaban señales y al mal tiempo sucedió una temperatura agradable.

Por el camino de Lisieux acercóse á la casa del Médico un negro carruaje de campo que se detuvo ante la puerta y del que bajó un viajero embozado hasta los ojos.

—Me esperaréis en Trouville, en el *Brazo de oro*,—dijo con acento seco volviéndose al criado, — allí iré á buscaros. Tenedlo todo preparado para poneros en marcha inmediatamente y no os inquietéis si tardo.

El criado se inclinó y dió un fustazo al caballo, un percherón gris de redondas ancas y fuerte musculatura, que al recibir el latigazo continuó su camino al trote largo.

El recién llegado debía conocer mucho aquellos sitios, porque en vez de acercarse á la puerta y tirar del cordón de la campanilla, se alejó algunos pasos y saltó por cima la tapia de cerramiento, que tenía unos tres pies de alto, y atravesando el jardín por su parte más estrecha, en la que separaba á la carretera de la casa, llamó con los nudillos en los cristales de la ventana en que se veía alguna luz.

—¡Antonio!—dijo.

Oyóse dentro del despacho ese ruido que producen las sillas al moverse, abrióse la ventana, y el doctor Montel se asomó á ella.

La luz de la lámpara que llevaba en la mano iluminó de lleno el rostro del recién

llegado, y lo mismo que Florencia en los muelles de Cours-la-Reine, retrocedió el Médico asombrado.

—¡Jacobó!—balbuceó.

—Sí, yo soy.

—¡Qué vienes á hacer aquí, desventurado!

—Quiero hablarte.

—Sabes...

—Lo sé todo.

—Entra.

—Deseo que nadie se entere de que estoy aquí.

—¿Y quién quieres que lo sepa? Estoy seguro de que á estas horas soy el único que está levantado.

Pasaron unos cuantos segundos y los dos amigos estaban sentados frente á frente en el despacho.

No creo que sea preciso describir ese despacho, que como casi todos los de los Médicos de aldea, tenía en el conjunto y detalles notable sencillez.

A un lado libros, al otro frascos y redomas con sus etiquetas y colocados en un estante de pino sin pintar y apenas labrado; una gran mesa de madera pintada, algunos grabados, entre otros uno representando á Hipócrates rechazando los presentes de Artajerges, y otro á Andrés Vesal dando la lección de cirugía, y á esto y á unas cuantas sillas de paja reduciase todo el mobiliario.

Algunas veces la ciencia está mejor representada en esos severos refugios que en los palacios de algunos ilustres charlatanes,

y así sucedía en el caso presente, porque el doctor Montel era un hombre muy trabajador y un sabio excesivamente modesto.

Y aparte de esto, era, además, un filósofo amigo del derecho y de la justicia, y los pobres de Touque y de sus alrededores podían justificarlo.

—No podemos perder tiempo,—dijo el marino.—¿Puedo ó no contar con tu amistad?

—¿Lo dudas?

—Es que pienso ponerla á prueba.

—¿Serías capaz de obligarme á que cometiese un acto que mi conciencia reprueba?

—Tal vez.

—Me asombra el oírte hablar así, porque sé que eres el honor personificado.

—Hay momentos en la vida en que se pierde toda noción de honra y justicia, y en los que habla más alto la pasión que el deber.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que me hallo en uno de esos momentos que son decisivos en la vida del hombre. La Condesa está en Morville.

—Puesto que lo sabes no intentaré ocultártelo.

—Si se refugió en esa casa cuando pudo escoger tantas otras, es porque estaba segura de que podía contar con tu complicidad, ó mejor dicho, con tu generosidad, para ayudarla.

—Y tuvo razón al creerlo; pero ten presente que más que nada fue por cariño hacia tí, por lo que trataba de ocultarte el

horroroso secreto que debe emponzoñar tu vida.

—No es posible, amigo mío, lo que deseas.

—¿Por qué?

—Porque la casualidad se encargó de revelármelo. Impulsado por el deseo de ver cuanto antes á esa mujer á la que adoraba con ciega idolatría, hice todo lo posible para adelantar el viaje, y en la travesía gané quizás un mes. Ahora comprendo que era la fatalidad la que me impulsaba; la desgracia no puede ser más completa, porque una miserable criada me lo reveló todo.

—¿Todo?

—Sí, todo, excepción hecha del nombre del que me deshonró.

—Dí que te engañó y vendió.

—Hablo como habla la sociedad.

—¿Qué piensas hacer?

—Embarcarme inmediatamente, desaparecer. Con facilidad y en secreto obtendré del Ministro una orden, pero creo que antes debo castigar.

—¿De qué manera?

—Para conseguirlo necesito que me ayudes.

—Ignoro aún lo que te propones hacer, pero antes escúchame, y ten muy presente lo que voy á decirte, porque hay en el fondo de este asunto un misterio que me asombra y no acierto á comprender. El día trece de este mes, y en una lóbrega noche llegó la Condesa acompañada únicamente de una

de sus doncellas, y á pie se marchó á Morville, encerrándose en esa casa, tan abandonada desde tu infancia, que puede decirse está inhabitable. Al llegar mandó que fuesen á su habitación esos dos ancianos criados que están á tu servicio, los esposos Savard, guardianes de la casa, y yo estaba presente, porque de antemano habíame escrito una carta muy lacónica rogándome que fuese. Allí, con voz conmovida, jurónos que te amaba más que á su vida, y que si tú llegabas á sospechar en qué estado se hallaba se mataría sin vacilar un momento. Ni una sola vez trató de disculparse, manifestándonos que cedió á la persecución de un amante en un momento de vértigo, de locura y que apenas puede explicarse como fue. Manifestónos, además, que desea hacer que desaparezca, criándolo y educándolo lejos de ella, el fruto, no de un amor culpable, sino de un momento de demencia, y de rodillas nos pidió á nosotros, que sabíamos éramos tus amigos, que acudiésemos en su auxilio. Valiéndose de todos los medios y extratajemas posibles consiguió ocultar su estado á los ojos de todos, y contaba con nuestro cariño hacia tí y nuestra compasión por su desdicha para obtener una ayuda á cambio de la que nos profesaba eterno reconocimiento. Nos juró que consagraria su vida á reparar su falta con una fidelidad y adhesión sin límites. ¡Cuánto hubiera dado porque hubieses podido oírlo! Derramó abundantes lágrimas de sus ojos, y en verdad que fue un espectáculo con-

movedor ver á aquella mujer joven, hermosa y rica, humillarse de aquella manera ante dos pobres criados y un Médico de aldea. El anciano Savard y su esposa prometieron á la Condesa que harían lo que les pedía. ¡Y por mi parte debo añadir que hice lo mismo!

—¿Crees próximo el alumbramiento?

—Se espera de un momento á otro.

—¿De modo que Valentina desea ocultar al recién nacido?

—Sí, quiere encargarlo á cualquier nodriza del campo.

—¿Y su nombre?

—Le presentaremos al registro como hijo de padres desconocidos.

—Según eso, en mi casa no habrá ningún bastardo,—dijo el Conde.

—Sin duda.

—¿Y mi hijo Jorge será mi único heredero, no del dinero, que en eso tengo poco que ver, sino del apellido de Kerhoët, que deseo dejarle sin mancilla?

—Así es.

—Es algo, pero no bastante.

—¿Y qué más puedes exigir?

El marino se apoyó de bruceas sobre la mesa y bajando la voz contestó:

—¿No te dije que deseaba castigar?

—¿A la Condesa?—preguntó el Médico.— ¡Oh! ¡Si hubieses visto, amigo mio, sus lágrimas y oído sus lamentos, comprenderías que estaba bastante castigada!

—¿En qué te fundas para creer que se trata de ella sola?

—Pues de quién entonces, ¿del otro?

—Sí, de su cómplice, al que no conozco y quiero conocer.

—En fin, ¿quieres decirme cuál es tu proyecto?

No sin pena observó el doctor Montel los cambios profundos que el dolor imprimía en el rostro de su amigo.

Los ojos del Capitán hundiéronse en sus órbitas, y en su frente marcábanse visiblemente algunas arrugas, del mismo modo que el surco bajo el arado, y la tez lívida contribuía á que resaltase la rojiza inflamación de sus párpados.

Fue un cambio brusco, un trastorno repentino.

—¡Ah! ¡Te dá miedo verme!—exclamó el marino que adivinó el pensamiento de su amigo.—¡Te cuesta trabajo reconocerme, y te preguntas cuales son los crueles designios que pueden enjendrar la fiebre, la cólera y la más amarga y furiosa de las decepciones en un cerebro trastornado para que de ese modo cambie en pocos minutos el aspecto del rostro! ¡Sí, amigo mio, en dos días envejecí veinte años, y esta mañana al mirarme al espejo me asusté de mi propia cara. Es que mi vida en adelante no tiene objeto y que por muy acostumbrado que esté á afrontar cara á cara las tempestades, las hay que hacen mella en el ánimo más sereno y no basta ser valiente. No quiero ocultarte que si un pensamiento fijo no me hubiese sostenido al llegar á Paris, habríame levantado la tapa de

los sesos al entrar en mi casa abandonada y cuando adquirí la certidumbre de que era verdad lo que presentia acerca de esa odiosa traición que disculpa alguna puede atenuar. Me dirás que es una necedad ¡pase! una cobardía, ¡conformes! pero esa idea perseguíame sin cesar llegando hasta el extremo de convertirse en una manía. Así se acaba en un minuto, ¿qué digo en un minuto? en un segundo y no sufre más, ¡y yo sufro de una manera espantosa! Ya sabes de lo que son capaces los atacados de una de esas calenturas ardientes que tú combates, y que esos infelices quieren matarse, destrozándose la cabeza contra las paredes ó para huir por cualquier medio á la enfermedad que les affige. Pues todos los tormentos de la más cruel de las enfermedades no igualan ni con mucho á las torturas del miserable al que una catástrofe tan inesperada como inmerecida lo deja sin el reposo, la alegría y la honra de su vida. ¿Qué más quieres que te diga? ¡Idolatraba á esa mujer, me da vergüenza decirlo, y creo... que la amo aún!... Será una cobardía, todo lo que quieras, pero es la verdad. En esa mujer tenía puestas todas mis esperanzas, constituía mi orgullo, y para ella trabajaba, correspondiéndola la mitad de mis pensamientos y de mis proyectos, y lo mismo cerca que lejos, tenía su imaginación siempre ante mi vista lo mismo en los mares de la China que cuando estaba en su dormitorio ó tocador. ¡Valentina! ¡Siempre Valentina, y nadie más que Valentina! ¡Esa era

para mí la única mujer que existía en el mundo, y la única flor de mi vida! ¡Y ahora todo está ajado y manchado! No sé lo que me haría si tuviese la debilidad de volyer al lado de esa mujer cuya traición me mata. Hago esfuerzos para odiarla, para matar ese amor con el desprecio, y lo que más me asusta es que bajo mi cólera fermenta aún tanta pasión y tantos deseos como odio. Por eso me decidí y tomé una resolución; pienso desaparecer, marcharme de Francia, é iré tan lejos, que la distancia tal vez borre su recuerdo maldito. Sí, el mar me llevará á donde quiera, al otro extremo del mundo, á donde me lleve mi deber de marino, pues no quiero volverla á ver. De hoy en adelante todo mi cariño se concentrará en mi hijo Jorge, que puede que algún día me condene por ese voluntario destierro cuyas causas no podrá comprender ni adivinar, y creará que es abandono ó indiferencia, pero á pesar de eso, deseo elevar entre su madre y yo infranqueable barrera y quiero que en el porvenir me odie ésta tanto como la aborrecí yo por la felicidad perdida.

En esas razones me fundo para querer arrancar de sus brazos á ese bastardo de que me hablabas hace un momento, á ese niño al que no podrá menos de querer; sí, quiero quitarlo de en medio.

Al pronunciar estas últimas palabras, pasado el primer momento de exaltación, había recobrado el marino la expresión rígida y helada de su rostro.

Recalcó estas frases mirando fijamente al Médico, que frunció el entrecejo.

—Supongo, —dijo, —que no me crearás capaz de cometer un crimen.

—No exijo tanto de tu amistad, —contestó el Conde, —no se trata de matar, pues bien miradas las cosas, esa pobre criatura no tiene nada que ver con los azares á que debe la vida.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—¿No tienes que ir á casa de los Godin?

—¿Quién te lo dijo?

—Francisca, que está sola con su hija.

—¿La has visto?

—Estuve una hora en su casa. Francisca me quiere con toda su alma; la pobre mujer me sirvió de madre y sabes que en casa considerábamos á los criados como de la familia.

—¿Y bien?

—Voy á decirte lo que deseo y lo que harás, lo mismo que Francisca, por cariño hacia mí.

—¡Habla!

—Teresa vá á dar á luz. Probablemente será esta misma noche, —siguió diciendo el Capitán. —¿Crees que vivirá su hijo?

—No.

—¡Pobre mujer! ¡Cuánto sufre y ha sufrido! En París ocultaba su falta, y aquí el padre Godin, ese borracho perdido que nunca pudo verla, la trata de una manera indigna. Esta noche, sin ir más lejos, desmayóse la infeliz después de un escándalo en que su padre la insultó y hasta amenazó. Ese hom-

bre no tiene entrañas. Francisca cree, como tú, que ese niño ó niña no vivirá. Me dijo que te había consultado y me contó cual fue tu respuesta.

—¿A dónde quieres ir á parar?

—Escucha. A Francisca la dije: No sois ricos y yo te daré todo lo que quieras, y con el dinero podrás ayudar á tu hija sin que se entere tu marido, y á cambio te voy á proponer un trato; me entregarás tu nieto vivo ó muerto, á cambio de otro que te traeré. Es preciso que este trato sea un secreto que no salga de entre nosotros dos, y que ni tu hija sospeche nada. De este modo la señora condesa de Kerhoët cuidará y educará, si vive, al hijo de una pescadera del Mercado seducida por un *Lovelace* de la calles de Montorgueil ó de la Piroutte, y Teresa, la cangrejera, criará al fruto del adulterio de la Condesa. Ni una ni otra sabrán una palabra hasta el día en que se me antoje revelarlas el secreto: en eso consistirá mi venganza, y al alejarme dejaré tras de mí una fuente inagotable de llanto para aquellas personas por cuya falta sufro horribles torturas. ¿Quién es capaz de adivinar qué dolores puede ocasionar eso á la orgullosa millonaria? Seré el único que tenga en mis manos el hilo de esa intriga, y te juro que haré lo que se me antoje para devolver á los demás el daño que me hicieron.

—Pero no tienes presente, amigo mío, que es imposible ese cambio,—replicó el Médico.

—No hay nada imposible si tú quieres.

—¿Es un crimen!

—¿Y á la perfidia de Valentina, cómo la calificas?

—Abandónala, y si no puedes perdonar, sepárate de tu esposa.

—¡No! ¡Porque así podría entregarse con entera libertad á su amante! ¡Arrastrar por los suelos de un Tribunal un honrado apellido! ¡Servir de diversión á un público ávido de escándalos! ¡Jamás!...

—Pero...

—Y quedaria impune un acto que mancha un apellido por cuyo honor habría derramado toda la sangre de mis venas.

—Ese honor no está nunca sujeto á los caprichos de una mujer.

—El mundo no tiene compasión, y el ridículo hace más daño que una bala.

—Es que nadie está enterado de la falta de la Condesa.

—Hay un hombre, su cómplice, que no lo ignora, y la conquista de Valentina es de esas de que puede jactarse.

—Y si me niego á acceder á lo que pides, ¿qué harás?

—Como gustes. Si te niegas, desde aquí me marchó á Morville, busco á Valentina, la mato, y á continuación me levanto la tapa de los sesos.

—¡Jacobo!

Por toda contestación el Capitán sacó un revólver del bolsillo.

—El arma está dispuesta; me figuré que

ibas á resistirte. ¡Escoge entre dos males!

—Mi conciencia no me permite escucharte.

—Te lo manda la amistad que me profesas, te juré que si se tratase de tu felicidad ó de tus intereses, no vacilaría lo más mínimo. Desde luego has de comprender que el daño no es tan grande como te figuras, pues me conoces y sabes que no soy un miserable. Teniendo ese niño en mi poder, porque no pienso abandonarlo nunca, siguiéndole siempre con la vista y colocándole al alcance de mi mano, y esto es de mi incumbencia, sabré más tarde ó más temprano lo que hoy me oculta, y podré disponer mi venganza para saborearla el día que se me antoje. No tengo prisa, puedes creerme, y estoy dispuesto á esperar para que sea más completa y ruidosa. Antes vivía para querer, en adelante viviré para odiar, ó mejor, para castigar. Ese acto, que será culpable, que juntos vamos á llevar á cabo, ¿quién es capaz de sospecharlo, de imaginarlo siquiera? ¡Nadie! Por mi parte no he de ir preguntándolo por ahí, y francamente, es muy discreto, y en cuanto á ti, me consta que eres prudente y de carácter muy firme. ¿te decides, ó no?

—Te quiero como á un hermano...

—Obra entonces como si lo fueras.

—¿Y cómo lo vamos á hacer?

—Entraré en Morville por la escalera medio derruida de la torrecilla. Esa escalera comunica con el cuarto tocador y con el dormitorio de la Condesa, que no pudo escoger

otra mejor, y lo que debes procurar es que Benita no se vuelva del lado de su ama en el momento en que nazca el niño. Pasarás luego á ese cuarto, en el que te esperaré con el hijo de Teresa Godin para que me entregues el de la Condesa; lo demás corre de mi cuenta.

—Lo haré puesto que así lo exiges; pero ese va á ser el eterno remordimiento de mi vida. Hasta hoy he podido decir con la cabeza muy alta que no tenía que reprocharme ninguna acción vituperable.

—No se sufre con males que se desconocen. Ni la Condesa ni Teresa se enterarán de lo que hemos decidido, y en cuanto á mí, tengo bien tranquila la conciencia. Castigo, y al hacerlo no lo hago con tanta dureza como me permite mi derecho, y si hay aquí algún verdadero condenado, ese soy yo, amigo mío, no lo olvides.

A manera de ardiente lava que se desborda de un volcán, escapáronse de los ojos enrojecidos del marino algunas ardientes lágrimas.

El Médico reprimió con dificultad su emoción y esas lágrimas le decidieron.

—Te conozco mucho, Jacobo,—dijo con acento conmovido,—y una vez que tanto te empeñas, te obedezco, y cree que esa es la mejor prueba que puedo darte. Mi conciencia, á la que no acalla ni ciega la pasión, habla con más fuerza que la tuya, y esto es lo natural. Y no lo es, ni tampoco justo, el arrebatarse esos hijos á sus madres

alterando el orden establecido por Dios.

—Vamos pronto, porque Francisca me encargó que te avisase.

—Vamos, pues.

Púsose en pie el doctor Montel, exhaló un profundo suspiro y se acercó á un armario, que abrió para sacar una botella de cordial, y una copa que llenó apurósela de un sorbo.

—No me encuentro bien,—dijo,—y presiento que mi complacencia de ahora me va á pesar toda la vida, y tengo necesidad de tomar fuerzas.

Dió unos cuantos paseos por el despacho, y terminados que fueron sacó de un estuche algunos instrumentos, que metió en un ancho bolsillo del gabán, y cogiendo el sombrero se dirigió hacia la puerta.

Al acercarse á su amigo hizo un esfuerzo para sonreír.

—A la verdad,—dijo,—creo que más que de otra cosa tenemos el aspecto de dos conspiradores, ¡me figuro que no tengo la cara de un hombre honrado!

—Ven,—contestó el Capitán.

—¡Vamos! La suerte está echada y es tarde para retirarnos,—replicó el Médico cerrando la puerta tras sí;—pero hay que confesar que es muy duro. ¡Si al menos fuese para hacer la felicidad de esas pobres criaturas!

—¡Quién sabe!—murmuró el Conde.—¡La vida es una lotería!

Los dos amigos atravesaron el jardín, y

en el momento en que abrían la valla que daba al campo; detúvose el Médico.

Oíase ruido de pasos, alguien se acercaba con mucho apresuramiento, y á los pocos minutos vieron á un anciano aldeano muy sofocado.

—¿Sois vos, padre Savard?—preguntó el Médico.

—El mismo, señor Montel.

—¿Ocurre alguna novedad?

—Sí, por desgracia,—contestó el anciano suspirando.

—¿Qué pasa?

—Creo que esa señora no sale de esta noche.

—¡Ah!

Estremecióse el Conde, que se había ocultado tras unas matas al ver acercarse al aldeano.

—¿Querréis decir que se acerca el momento?—observó el Médico á manera de rectificación.

—Sí, doctor Montel, y que pide de un modo que parte el corazón que vayáis á su lado.

—Está bien; voy en seguida.

—No perdáis tiempo, si lo tenéis á bien,—añadió el guarda con insistencia.—La señora está muy inquieta, y la criada que vino con ella de París está muy asustada; como que no se hallan muy al corriente de esos asuntos.

—Os sigo; id delante por el atajo.

Marchóse malhumorado y cabizbajo el

pobre anciano, murmurando entre dientes:

—¡Qué aventura, Dios mío! ¡Qué mal negocio! ¡Qué diría el señorito Jacobo si lo supiese? ¡Y pensar que obramos así por servirle!

—¡Pobre viejo! ¡Qué susto me hizo pasar el buen Savard! ¡si lo supiese!—se dijo Jacobo de Kerhoët.

Tembló éste por la vida de la mujer de la que provenían todas sus desdichas, pero á la que debía también inolvidables alegrías.

Al imaginar que la veía cadáver, su corazón, que se movía desordenadamente, dejó de latir de pronto y experimentó una sensación de angustia.

El Médico distrajo á Jacobo de sus penas cavilaciones.

—No hay que perder ni un minuto,—dijo,—la casualidad te sirve á pedir de boca.

Recorrieron con ligero paso una parte del camino que cruzaba por entre las dormidas casas de la aldea, y al poco tiempo llegaron á la de los Godin, aislada, á la salida de Touque, hacia Pont-le-Evêque.

En el fondo de la costa destacábanse los techos negros y recortados en sus cornisas por las siluetas del lino cárdeno ó la siempreviva.

Un débil rayo de luz escapábase á través de las rendijas de la ventana de una especie de guardillón ó granero colocado sobre el tejado, y en el momento en que el Médico apoyaba la mano en el pestillo de la puerta

para entrar, oyóse un grito ronco, salvaje, indefinible, que desgarró el silencio de la noche é hizo estremecer al Conde hasta el fondo de sus entrañas.

—¡Qué á tiempo llegamos!—exclamó Montel.—¡Apresurémonos!

V

A cualquiera que hubiese estado acostumbrado á las comodidades de la vida moderna, habriale parecido que el castillo de Morville no reunía condiciones para que se pudiese habitar en él, y que tan sólo servía para un cenobita ó un filósofo de la escuela estóica.

Desde hacía veinticinco años que las arañas tejían libremente sus telas sin temor á las escobas ó zorros de los criados, y los ratones, que con sus numerosas familias habianse instalado en todo el castillo, sólo tenían que temer á las aves nocturnas y á los gatos salvajes que entraban y salían con entera libertad.

Había llegado el período respetable de los hundimientos, y las almenas de una de las torrecillas estaban en el suelo, y su techo empezaba á seguir el mismo camino, quedando únicamente en pie los escalones de